

La insoportable levedad de Bosnia

Francisco Veiga
Profesor titular de Historia Contemporánea, Universidad Autónoma de Barcelona.
Profesor de la Fundació CIDOB.

En la multifacética crisis de los Balcanes, el año 1992 ha sido, sin lugar a dudas, el de la guerra en Bosnia-Herzegovina. La intensidad y crueldad de la lucha hizo que los enfrentamientos armados que llevaron a la independencia eslovena parecieran un incidente casi banal, aunque por otro lado va quedando más y más claro que es precisamente aquí donde se encuentran importantes claves para entender el desencadenamiento de las posteriores guerras de secesión yugoslavas y de la actitud que desarrollaron ante ellas las grandes potencias occidentales. Por contra, el enfrentamiento serbo-croata de la segunda mitad de 1991 está más interrelacionado con la guerra de Bosnia de lo que la tregua de 1992 dejaba suponer, como demuestran los combates de finales de enero de 1993 en la Krajina. En este artículo se apuntan algunos enfoques alternativos a la información suministrada por los medios de comunicación occidentales a lo largo de 1992, junto con una interpretación personal sobre los orígenes y dinámica de la contienda en Bosnia-Herzegovina.

Frustraciones europeas y crueldades balcánicas

Uno de los principales obstáculos para la comprensión de la guerra en Bosnia-Herzegovina pasa por el deficiente tratamiento informativo y analítico de los acontecimientos que nos ofrecen los medios de comunicación. En este sentido, lo sucedido en Bosnia a lo largo de 1992, ha servido para comenzar a superar las apreciaciones en *blanco sobre negro* que se aplicaban en los primeros conflictos en la Yugoslavia, aunque en muchos casos las informaciones que no encajan en el esquema maniqueo continuaron siendo desechadas, muy especialmente por la prensa española.

Por ejemplo, a finales de noviembre de 1992, las fuerzas musulmanas encerradas en la bolsa de Bihac, obtenían parte de su armamento del tráfico con los serbios de la vecina Krajina. La explicación era relativamente lógica. En la desaparecida Yugoslavia, la región de Bihac cumplía la función de próspera *plaque tournante* industrial y comercial relacionada con el norte croata. En medio, la deprimida región de Krajina malvivía de las migajas de esa relación económica. A finales de 1992, la Krajina serbia independiente seguía manteniendo las viejas relaciones con la vecina Bihac, ahora a través del mercado negro. El centro de esa actividad era la ciudad de Velika-Kladusa. Completando el cuadro, el reportaje ofrecido en el diario *Le Monde* sobre esta cuestión se refería a los líderes bosnios de la bolsa de Bihac. El responsable militar era el doctor Irfan Ljubijankic y Ramiz Drekovic, jefe de las unidades militares bosnias, apodado «Rambovic». Capitán en el Ejército federal yugoslavo, había participado con él en la guerra

contra Croacia, para pasar después a combatir a un general serbio bajo cuyas órdenes había estado por entonces. Su ayudante en Bihac era ahora era un militar croata (Heller, 1992).

En parte, la deficiente calidad informativa también ha tenido que ver con la tendencia un tanto obsesiva por parte de los medios de comunicación a buscar soluciones contundentes a los conflictos en la ex Yugoslavia. Esta tendencia ha ido acrecentándose en relación inversamente proporcional a la frustración producida por un conflicto visto como una mancha negra –o incluso como una amenaza directa– al proceso de Unión Europea, que tras las revoluciones de 1989 en Europa del Este parecía comenzar en la mayor de las glorias. El síndrome de la Operación Tormenta del Desierto contribuyó también a exacerbar las pasiones. En el marco de un hipotético *Nuevo Orden* parecía que la potencia de Occidente podía solucionar graves conflictos en cualquier parte del mundo en un abrir y cerrar de ojos. Por tanto, la aparente impotencia ante los conflictos de la ex Yugoslavia aparecía como más y más intolerable.

Tales proyecciones informativo-analíticas –aderezadas con consideraciones jurídicas supuestamente imparciales– desenfocan la realidad de un conflicto muchas veces repetido desde 1945, y cuyas manifestaciones más horrosas tampoco son en absoluto nuevas, sino expresión de prácticas tradicionales que el paso de los años ha conservado curiosamente vivas. Este punto es interesante porque las formas de hacer la guerra –especialmente en contiendas tan *artesanales* como

las de secesión yugoslavas– son una manifestación más de la cultura de los pueblos.

Así, las masacres de población civil, acompañadas de torturas y mutilaciones, que se convirtieron en la marca de fábrica de las fuerzas irregulares serbias, lo habían sido en el pasado entre los combatientes de casi todos los pueblos balcánicos. En un erudito estudio sobre las prácticas de decapitación en los Balcanes, el antropólogo de origen rumano Paul-Henri Stahl pasa revista a los usos, ritos, simbolismos y finalidades bélicas de tales costumbres, tanto entre pueblos turcos como cristianos. Las variantes son muy complejas y diversas, y van desde la práctica montenegrina de arrancar la nariz al adversario (a veces a mordiscos), junto con el mostacho y el labio

superior, a la construcción de torres y túmulos conmemorativas de formas variadas con las cabezas y cráneos de amigos y enemigos, para lo cual todas las lenguas de los Balcanes tienen una palabra: son el *tepe* de los turcos, la *movila* o *gorgan* de los rumanos, la *mogila* de los búlgaros o el *grob* serbo-croata (Stahl, 1986).

Ninguna crueldad de las guerras de secesión yugoslavas es nueva, ni en calidad ni en cantidad. De hecho, las primeras guerras de independencia de los Balcanes en la era contemporánea contemplaron ya prácticas muy similares. Durante el alzamiento de 1821, los griegos practicaron con los turcos una *limpieza étnica* de tal magnitud que en pocos días fueron asesinados la mitad de los 40.000 –incluyendo mujeres y niños– que habían convivido con ellos pacíficamente en el Peloponeso durante generaciones, hasta el punto de que muchos casi habían olvidado su lengua materna y hablaban griego. Los supervivientes huyeron y se refugiaron en las precarias fortificaciones que el Imperio Otomano había descuidado, tras años y años de inactividad bélica. Pero no les sirvió de gran cosa, pues cuando los insurgentes griegos expugnaron esas ciudadelas pasaron a cuchillo a todos los que se refugiaron en su interior, sin consideraciones de edad o sexo (St. Clair, 1972). Por supuesto, los turcos respondieron en términos similares.

Puede alegarse que eso era propio del estadio de civilización imperante a comienzos del siglo XIX. Sin embargo, tales escenas u otras parecidas se repitieron en años sucesivos, sin detenerse en la Segunda Guerra Mundial. Durante la guerra civil griega de 1946 a 1949, no fueron raras las decapitaciones, las represalias indiscriminadas y todo tipo de excesos. La crisis de Chipre, en una fecha tan cercana como 1973, se desarrolló en medio de prácticas de la más pura *limpieza étnica*. Fuera del contexto balcánico los ejemplos también se multiplican hasta la saciedad. Así, el comportamiento de las tropas francesas en la guerra de Argelia no fue, en ocasiones, mucho más refinado que el de las milicias serbias, sin olvidar los excesos cometidos por el Frente de Liberación Nacional (FLN) y los colonos *pièds noirs*; las masacres indiscriminadas fueron uno de los componentes esenciales del conflicto.

En materia de campos de concentración y desplazamientos masivos de población civil, no hace falta referirse una y otra vez al manido ejemplo de los nazis. Los israelíes provocaron el éxodo masivo de población árabe palestina (unas 700.000 personas

“Las masacres de población civil, se convirtieron en la marca de fábrica de las fuerzas irregulares serbias”

sobre un total de 1.500.000 de la población original), la mayor parte de las cuales terminaron en campos de concentración en los Estados árabes vecinos. En Malasia, los británicos en lucha contra la guerrilla comunista, reasentaron 500.000 pobladores indígenas a partir de 1950. Y en Vietnam, las autoridades de Saigón y los norteamericanos obligaron a decenas de miles de campesinos a abandonar sus poblados resituándolos en nuevas aldeas para que no pudieran dar apoyo a los comunistas del Vietcong. El resultado fue que, entre 1964 y 1969, el número de refugiados en Vietnam del Sur creció hasta alcanzar aproximadamente los 3.500.000.

Son cifras cercanas y hechos recientes, provocados por una forma determinada de combatir en cualquier guerra en la que estén implicadas milicias semiciviles y guerrillas. Se limpia el terreno hostil, se destruyen aldeas y se evacúa a sus habitantes para impedir la proliferación de bandas armadas en la retaguardia, y se le crean al enemigo enormes problemas de refugiados. Eso, claro está, favorece la anexión de los territorios así tratados. El terror y el salvajismo son un arma más, y no hacen falta órdenes concretas: los combatientes irregulares lo utilizan por propia iniciativa para impresionar al enemigo como sustitutivo de una eficacia tecnológica de la que carecen o no saben utilizar.

Los cercos prolongados a las ciudades croatas y bosnias son buena expresión de ello. Tomar un núcleo urbano al asalto siempre ha sido una empresa difícil, incluso para un ejército moderno. Es una tarea que corresponde a la infantería, y no a los carros de combate. Se necesita mucha disciplina y la capacidad de asumir pérdidas muy elevadas. Eso a veces no está ni siquiera a la altura de ejércitos muy profesionalizados, a pesar de que el objetivo esté defendido por fuerzas escasas o mal armadas (Martínez Laínez, 1992). Baste recordar la incapacidad de las divisiones franquistas para tomar Madrid durante la guerra civil española, o el caso de Leningrado, asediado sin éxito por los alemanes a lo largo de casi tres años durante la Segunda Guerra Mundial. En el caso de Sarajevo se añadieron las muy negativas consecuencias políticas que hubiera tenido su captura para los serbios, con los previsibles saqueos, matanzas y destrucciones que posiblemente hubieran provocado. Eso, por sí solo, hubiera forzado una intervención occidental.

Pero la crueldad de que han hecho gala las unidades serbias también ha cumplido el papel de polarizador del espíritu guerrero. Es un efecto que

conocen bien los antropólogos, similar al de un pacto de sangre: hace imposible cualquier marcha atrás, cierra filas entre los miembros del grupo. En sociedades étnicas tan entremezcladas como las de Eslavonia oriental o Bosnia, logró definir brutalmente dos bandos aparentemente irreconciliables que poco antes convivían sin mayores problemas, e incluso sin saber muy bien a qué nacionalidad pertenecían (Gautier, 1992).

Dudosas intenciones y falsos milagros

Toda esta explicación no pretende exculpar ni un ápice las atrocidades cometidas en la guerra de Bosnia por las milicias serbias –y en menor medida, de momento, por sus oponentes–. Sólo se trata de llamar la atención sobre ciertas mecánicas internas del conflicto que bien estudiadas podrían contribuir a hacerlo más previsible y quizá controlable. Solucionarlo desde el exterior, al menos de una manera rápida y tajante, parece bien difícil, y menos aún mediante la aplicación de fórmulas jurídicas *en frío*, esto es, sin tener en cuenta ciertas pulsiones íntimas de los bandos en combate. Además debe insistirse en que el camino hacia buena parte de los actuales horrores y formas aparentemente irracionales de violencia tiene orígenes mucho más cercanos que los campos de exterminio nazis, referencia repetida hasta la saciedad por los medios de comunicación occidentales, en parte para ocultar culpas propias.

Más claramente: el permitir que ocurrieran todo tipo de excesos durante los últimos 45 años, ha preparado el camino para los horrores de Bosnia. La idea tan eurocéntrica de que en ese conflicto todo se reduce a la recuperación de *viejas cuentas* balcánicas, omite gravemente las influencias decisivas que han tenido aquellos conflictos previamente permitidos o fomentados por las potencias occidentales. Ciertamente, la invasión de Kuwait era un precedente desfavorable para las aspiraciones serbias. Pero no así Katanga, Biafra, Vietnam, Chipre, Namibia, Líbano o el Ulster. Harto significativa es precisamente la tendencia ocasional de los ultranacionalistas serbios a compararse con los israelíes. Como los judíos, afirman algunos medios de comunicación del país balcánico, los serbios no quieren olvidar a sus víctimas, aquellas que les causó el nazismo. Como ellos, en 1948, los serbios luchan en varios frentes para consolidar su nuevo Estado.

En relación con ello, la cuestión de la impotencia occidental para detener el conflicto tuvo mucho

que ver con ciertos complejos europeos. La formación de un ejército internacional de intervención debía de ser exquisitamente homogénea. El predominio neto de cualquier contingente de tropas francesas, italianas o británicas, hubiese simplificado mucho las cosas, pero a costa de despertar serios recelos. Por otra parte, ¿quién estaba dispuesto a arriesgarse asumiendo responsabilidades en solitario, implicándose en un conflicto europeo? Los errores militares y políticos cometidos en Irak hubieran cobrado una dimensión muy traumática en el Viejo Continente.

Por supuesto, los norteamericanos podían actuar en la zona como fuerza razonablemente neutral, potente, y rápidamente movilizable. Pero existían serios escrúpulos para una intervención americana en el Viejo Continente. Pondría de manifiesto la incapacidad europea de poner orden en su propia casa, y eso en un momento en que las negociaciones para la creación de la unión político-económica continental estaban entrando en una fase decisiva. Cuando el presidente Mitterrand acudió a Sarajevo, contribuyendo decisivamente a la apertura del aeropuerto de la asediada capital, se dijo, con cierto

alivio, que se había adelantado a una acción en fuerza de los norteamericanos.

La culminación de esos obstáculos fue la falta de unos objetivos claros que los propios contendientes ayudaban poco a dilucidar. Por ejemplo, terminar con el asedio de Sarajevo no implicaba que las atrocidades no continuaran produciéndose en otros puntos de Bosnia. Una

operación de castigo para imponer una zona de exclusión aérea sobre Bosnia no era una garantía de que se detendrían los abusos contra la población civil, a menos que la operación se completase con una intervención terrestre. Todas esas incertidumbres venían reforzadas por las dudosas experiencias vividas con anterioridad en el mismo escenario.

Así, la temprana intervención europea occidental en el conflicto, reconociendo implícitamente la soberanía de Eslovenia en Brioni, sólo diez días después de que se amenazara a Ljubljana y Zagreb con no hacerlo, seguida del envío de *cascos azules* a Croacia y del precipitado reconocimiento diplomático final de las nuevas repúblicas ex yugoslavas, sólo había contribuido, por su falta de claridad de objeti-

vos, a enturbiar la situación. Hacia finales de 1992, comenzaba a no estar claro en qué grado las acuciantes llamadas a la necesidad de «hacer algo» por parte de los medios de comunicación respondían a la voluntad y capacidad real de actuar eficazmente, o a una cierta ansiedad por limpiar el honor y las conciencias de las potencias occidentales con cualquier tipo de acción, incluso simbólica. La doble ofensiva croata contra serbios y musulmanes en enero de 1993, como consecuencia de una nueva intervención diplomática occidental, todavía oscureció más esos objetivos. A pesar de lo cual, no faltaron cadenas de radio y televisión o medios de prensa que siguieron realizando encuestas entre la población de algunos países occidentales, a favor o en contra de una intervención militar cuyas modalidades nunca eran definidas.

Este mecanismo se ha repetido en varias ocasiones a lo largo de la historia contemporánea, con resultados más que dudosos en cada ocasión. La indignación que produjo la claudicación de las potencias occidentales ante Hitler en 1938, con la consiguiente desmembración de Checoslovaquia, fue superada por la propuesta de Churchill a Stalin para repartirse los Balcanes en áreas de influencia durante el famoso encuentro mantenido por ambos en Moscú en octubre de 1944. Pero estos ejemplos se repiten una y otra vez desde 1821, cuando la actuación de las potencias a favor de los insurrectos griegos abrió un siglo y medio de intervenciones en fuerza en los Balcanes. No hay que subestimar la amargura de los pueblos de la zona ante estos precedentes históricos. Tampoco hay que extrañarse de que con el tiempo se haya ido endureciendo su actitud hacia los antaño modélicos occidentales, que siempre han alardeado de tener soluciones rápidas, casi mágicas. Una conferencia internacional, un retoque de fronteras, un trato económico preferencial, el reconocimiento de una independencia, unos créditos: el arbitraje o la presión occidentales pueden arreglar cuestiones aparentemente trascendentales en unos pocos días, sin meterse a considerar transformaciones más en profundidad. Las responsabilidades en todo ello han sido casi siempre compartidas: las potencias occidentales creen ver menoscabada su autoridad si hablan claro o se desentienden de determinados problemas. Y los balcánicos atizan en lo que pueden esa certidumbre para mantener el sistema, confiando en que siempre podrán controlar a sus hipotéticos benefactores, incluso enfrentándolos entre sí.

Ese diálogo cerrado es el que incluso a finales del siglo XX excluye las nuevas experiencias extraídas

“Una intervención americana señalaría la incapacidad europea de poner orden en su propia casa ”

del sistema de relaciones internacionales desarrollado desde la Segunda Guerra Mundial y «emborracha» a Europa de historia –más lejana– mal asimilada. Basta leer el provocativo libro de un periodista tan agudo como Xavier Gautier para asombrarse de la facilidad con la que serbios y croatas han contagiado sus delirios históricos a los estadistas y diplomáticos franceses y alemanes, los cuales han terminado por echarse a la cara sus respectivas experiencias anteriores a 1945. Y a partir de que el conflicto se convierte en un teatro moral de los propios sueños o pesadillas, ya se sabe lo suficiente, y poco importan las causas o matices del conflicto real (Ucelay-Da Cal, 1992).

Bosnia o el segundo despiece de Yugoslavia

Enfoques tan apasionados son el origen de las crisis de desconcierto que sufren los medios de comunicación occidentales, e incluso los medios diplomáticos y políticos, ante fenómenos aparentemente inesperados. Tales fueron, en mayo, las noticias sobre ciertos acuerdos entre serbios y croatas para repartirse la república de Bosnia, o los combates entre fuerzas croatas y musulmanas que cobraron una notable entidad en otoño. De todas formas, ya venían produciéndose incidentes de consideración desde junio, e incluso desde la primavera, cuando las fuerzas croatas en Kiseljak impidieron que una columna musulmana de refuerzo acudiera en ayuda de los asediados de Sarajevo.

En realidad, ni Belgrado ni Zagreb han admitido nunca que existiera una Bosnia con personalidad propia. En primer lugar, porque croatas y serbios son un porcentaje importante de la población de la región. También porque los musulmanes no son vistos como una etnia; para unos y otros, son serbios o croatas islamizados. Por consiguiente, desde la creación del primer Estado yugoslavo, en 1918, Bosnia ha sido repartida entre sus vecinos en diversas ocasiones. La primera, en 1939, cuando a las puertas de la Segunda Guerra Mundial, Belgrado concedió una autonomía administrativa a los croatas, adjudicándoles Herzegovina y parte de la Bosnia central. El mapa de la Croacia resultante de ese *sporazum* o acuerdo será, a buen seguro, muy similar al que surgirá de los combates actuales. Después, durante la Segunda Guerra Mundial, el Estado croata, aliado del Tercer Reich, se anexionó toda Bosnia y Herzegovina. Durante la guerra, los líderes partisanos comunistas hicieron proyectos para aglutinar Bosnia

a Serbia una vez terminada la contienda. Pero finalmente se impuso la solución de hacer de esa región una república-amortiguador entre vecinos hostiles.

No funcionó. En 1971, el volcánico resurgimiento del nacionalismo croata vino acompañado de propuestas muy concretas para la anexión parcial de Bosnia-Herzegovina por parte de la asociación cultural *Matica hrvatska*, foro nacionalista radical impulsor de la «primavera croata». Para sorpresa de Tito, los comunistas serbios respondieron que llegado el caso, podría pactarse un reparto (Ramet, 1984). Como reacción, las autoridades federales propiciaron el surgimiento de un cierto sentimiento de identidad bosnio-musulmán que diera consistencia nacional a la república. De hecho, la personalidad étnica de los musulmanes ya había sido reconocida en el censo de 1961.

Pero precisamente durante la década de los setenta los musulmanes árabes comenzaban a recuperar el orgullo perdido en Oriente Medio y el Magreb: fueron los años de la guerra del *Yom Kippur*, los boicots petrolíferos, el protagonismo de Gaddafi y de la Organización para la Liberación de Palestina (OLP), o la experiencia argelina. Al final del camino estaba la revolución iraní. Fue un buen pretexto para serbios y croatas, que agitaron el fantasma de los musulmanes de Bosnia como Caballo de Troya del Islam resurgente. Las iglesias católica y ortodoxa denunciaron el agravio comparativo: mientras el régimen practicaba con ellas una política restrictiva, no hacía lo mismo con la comunidad religiosa musulmana. Además, a raíz de que recomenzaron las peregrinaciones a la Meca en 1949, la comunidad musulmana bosnia renovó sus lazos con las comunidades de Beirut, Alejandría, El Cairo, Damasco y Estambul. A partir de esa proyección, Tito recurrió a los musulmanes yugoslavos, desde mediados de los años cincuenta, como ayuda en su política internacional de no-alineamiento: en sus visitas a Yugoslavia, los presidentes Nasser y Sukarno, por ejemplo, incluyeron reuniones con el Reis ul-Ulema, o líder de la comunidad religiosa musulmana (Irwin, 1984).

La cuestión musulmana en Bosnia-Herzegovina podía trascender, tenía visos cosmopolitas que eran susceptibles de convertirla en incontrolable a ojos de los nacionalistas serbios y croatas: junto con buena parte de la población albanesa, los bosnios musulmanes conformaban la comunidad islámica más importante de los Balcanes (Smaljovic, 1979). En cierta manera, los musulmanes comenzaron a ser percibidos como algo similar a los judíos en las sociedades

antisemitas. De hecho, actuaban como *etnia de interposición* balcánica, como lo habían sido antaño los mismos judíos, además de los armenios, griegos y alemanes, que poblaban los Balcanes y servían como una especie de cemento homogeneizador entre pueblos muy diferentes.

En definitiva, de pararrayos de los nacionalismos, Bosnia- Herzegovina se terminó convirtiendo en su imán. Peor aún: el nivel de mezcolanza de los diversos grupos nacionales en esa república hacía aparentemente imposible cualquier otra solución lógica que no fuera la tolerancia mutua. Por eso, una vez instituida la existencia formal de un Estado croata y otro serbio-montenegrino, una Bosnia-Herzegovina independiente resultaba tan intolerable para Zagreb como para Belgrado, dado que necesariamente debería estar construida sobre bases federales. Ese fue quizás el mayor error de los cometidos por las potencias occidentales a comienzos de 1992: reconocer a las nuevas repúblicas basadas en el concepto Estado-nación excluía a Bosnia-Herzegovina, y a la inversa. Porque lo cierto era que dar entidad jurídica internacional a un Estado con capital en Sarajevo equivalía en buena medida a apoyar un último resto de la idea federal de los sudeslavos. Eso, tanto para los nacionalistas croatas como para los serbios –y también para los eslovenos, aunque no estuvieran directamente implicados–, era algo insoportable: la demostración viva de que la vieja Yugoslavia destruida en el verano de 1991 quizá pudo haber sobrevivido. Algo de lo que la mayoría de los medios de comunicación occidentales parecen haber sido firmemente disuadidos por la violencia –que no las dudosas razones lógicas– de los contendientes.

Referencias bibliográficas

Gautier, X. (1992) *L'Europe à l'épreuve des Balkans*. Paris: Jacques Bertoin, pp. 36-37.

Heller, Y. (1992) «Bihac en sursis», *Le Monde*, 24 novembre, pp. 1 y 4.

Irwin, Z.T. (1984) «The Islamic Revival and the Muslims of Bosnia-Herzegovina», *East European Quarterly*, XVII, 4:437-458 (ver pp. 440-441).

Martínez Laínez, F. (1992) «La guerra por dentro. Observadores españoles de la CE cuentan sus vivencias a su regreso de Yugoslavia», *Revista Española de Defensa*, 49: 64-65.

Ramet, P. (1984) *Nationalism and Federalism in Yugoslavia, 1963-1983*, Bloomington: Indiana University Press, pp. 132-133.

St. Clair, W. (1972) *That Greece might still be Free. The Philhellenes in the War of Independence*, London: Oxford University Press, pp. 1, 6 y 43

Smajlovic, A. (1979) «Muslims in Yugoslavia», *Journal Institute of Muslim Minority Affairs* (Saudi Arabia), 1, 2 (winter): 132-144.

Stahl P.-H. (1986) *Histoire de la décapitation*, París, Presses Universitaires de France. Ver p.81 para este detalle.

Ucelay-Da Cal, E. (1993) «Identidades proyectivas», *El País*, 18.01.